



EL ARTE
PERDIDO
DE LAS
ESCRITURAS

Recuperar el sentido y el valor de los
textos sagrados



—
KAREN
ARMSTRONG

En nuestro mundo cada vez más secular, los textos sagrados se consideran, en el mejor de los casos, irrelevantes y, en el peor, una excusa para incitar a la violencia, el odio y la división. Entonces, ¿qué valor, si es que tiene alguno, puede tener la escritura para nosotros hoy? Y si nuestro mundo ya no parece compatible con las Escrituras, ¿es quizás porque su propósito original se ha perdido?

Armstrong argumenta que, solo redescubriendo un compromiso abierto con sus textos sagrados, las religiones del mundo podrán reducir la arrogancia, la intolerancia y la violencia.

Índice de contenido

Cubierta

El arte perdido de las Escrituras

Introducción

Primera Parte. Cosmos y sociedad

Capítulo 1. Israel: recordar para pertenecer

Capítulo 2. India: sonido y silencio

Capítulo 3. China: la primacía del ritual

Segunda Parte. Mythos

Capítulo 4. Nueva historia, nueva identidad

Capítulo 5. Empatía

Capítulo 6. Lo desconocido

Capítulo 7. Canon

Capítulo 8. «Midrash»

Capítulo 9. Encarnación

Capítulo 10. Recitación e «intencio»

Capítulo 11. Inefabilidad

Tercera Parte. Logos

Capítulo 12. «Sola scriptura»

Capítulo 13. «Sola ratio»

Epílogo

Agradecimientos

Glosario

Bibliografía

Notas

Para Felicity Bryan

Sansón bajó a Timna con sus padres. Cuando llegaron a las viñas de Timna, un león joven salió rugiendo a su encuentro. Le invadió, entonces, el espíritu del Señor, y despedazó al león como se despedaza un cabrito, sin nada en la mano. Pero no contó a sus padres lo que había hecho [...]. Volvió al cabo de los días [...] dando un rodeo para ver el cadáver del león. Y vio que en la osamenta del león había un enjambre de abejas con miel. La extrajo con las manos y siguió su camino comiendo. Llegó donde estaban sus padres, les dio y comieron. Pero nos les contó que había extraído la miel de la osamenta del león.

Jueces, 14, 5-9

Para ver el mundo en un grano de arena
y el cielo en una flor silvestre,
abarca el infinito en la palma de tu mano
y la eternidad en una hora.

WILLIAM BLAKE, «Augurios de inocencia» (1803)

Conclusión: si no fuera por el carácter poético o profético, lo filosófico y lo experimental pronto serían la razón de todas las cosas, y caerían en la inmovilidad, incapaces de hacer otra cosa que repetir la misma tediosa vuelta una vez más.

Aplicación: quien ve el infinito en todas las cosas ve a Dios. Quien ve la Razón solo se ve a sí mismo.

Por lo tanto: Dios se vuelve como nosotros, para que podamos ser como él.

WILLIAM BLAKE, *No hay ninguna religión natural*
(1788)

INTRODUCCIÓN

Una diminuta figura de marfil en el Museo de Ulm tal vez constituya la más temprana evidencia de actividad religiosa humana. El Hombre León tiene cuarenta mil años de antigüedad. Tiene un cuerpo parcialmente humano y una cabeza de león de las cavernas; con sus treinta y un centímetros de altura, observa serena y atentamente al espectador. Fragmentos de esta estatua, cuidadosamente almacenados en una cámara interior, se descubrieron en la cueva de Stadel, en el sudeste de Alemania, pocos días antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Sabemos que grupos de *Homo sapiens* cazaban mamuts, renos, bisontes, caballos salvajes y otros animales en la región, pero no parecen haber vivido en la cueva de Stadel. Como en las cuevas de Lascaux, en Francia, quizá la reservaron para rituales comunitarios donde las personas se reunían para representar mitos que otorgaban sentido y propósito a sus arduas y a menudo aterradoras vidas: el cuerpo del Hombre León está desgastado, como si hubiera sido reiteradamente manipulado y acariciado mientras los adoradores contaban su historia. También muestra que los seres humanos ya eran capaces de pensar en algo que no existe. El individuo que lo manufacturó era plenamente humano, ya que el *Homo sapiens* es el único animal con la capacidad para concebir algo no inmediatamente evidente o que aún no existe. Por lo tanto, el Hombre León es un producto de la imaginación, que Jean-Paul Sartre definía como «la capacidad para pensar en lo que no existe»^[1]. Los hombres y mujeres de esta época vivían en una realidad que trascen-

día lo espiritual y lo factual, y a lo largo de la historia los seres humanos no escatimarán esfuerzos para ello.

La imaginación ha sido la causa de nuestros mayores logros en ciencia y tecnología, así como en arte y religión. Desde una perspectiva estrictamente racional, el Hombre León podría desdeñarse como una ilusión. Sin embargo, los neurólogos afirman que en realidad no tenemos un contacto directo con el mundo que habitamos. Tan solo tenemos perspectivas que llegan a nosotros a través de los intrincados circuitos de nuestro sistema nervioso, por lo que todos nosotros —tanto científicos como místicos— solo conocemos representaciones de la realidad, no la realidad en sí misma. Afrontamos el mundo tal como se presenta ante nosotros, no como es intrínsecamente, por lo que algunas de nuestras interpretaciones podrían ser más adecuadas que otras. Estas noticias en cierto modo inquietantes implican que las «verdades objetivas» en las que nos basamos son inherentemente ilusorias^[2]. El mundo está «ahí»; su energía y forma existen. Pero nuestra comprensión del mismo solo es una proyección mental. El mundo está fuera de nuestro cuerpo, pero no fuera de nuestra mente. «Somos este pequeño universo —explicó el místico benedictino Bede Griffiths (1906-1993)—, un microcosmos en el que el macrocosmos está presente como un holograma»^[3]. Estamos inmersos en una realidad que trasciende —o que «va más allá»— de nuestra comprensión intelectual.

En consecuencia, lo que consideramos como verdad está vinculado de forma inextricable a un mundo que construimos para nosotros mismos. Tan pronto como los primeros humanos aprendieron a manipular herramientas, crearon obras de arte para dar sentido al terror, al asombro y al misterio de su existencia. Desde el principio, el arte estuvo estrechamente relacionado con lo que llamamos «religión», que en sí misma es una forma de arte. Las cuevas de Lascaux, lugar de culto desde el 17 000 a. C., están decoradas con pinturas numinosas de la vida salvaje local, y cerca, en

el laberinto subterráneo de Trois Frères en Ariège, hay tumbas espectaculares de mamuts, bisontes, glotones y bueyes almizcleros. Dominando la escena se alza una gran figura pintada, medio hombre, medio bestia, que fija sus enormes y penetrantes ojos en los visitantes que cruzan el túnel subterráneo que franquea el único camino hacia este templo prehistórico. Como el Hombre León, esta criatura híbrida trasciende nuestra experiencia empírica, pero parece reflejar cierta unidad subyacente en lo animal, lo humano y lo divino.

El Hombre León nos introduce en muchos temas relevantes de nuestra discusión sobre la escritura sagrada. Demuestra que desde los inicios hombres y mujeres cultivaban deliberadamente una percepción de la existencia que difería de lo empírico y manifestaba un apetito instintivo por un estado superior del ser, a veces llamado lo Sagrado. En lo que se conoce como «filosofía perenne», por encontrarse en todas las culturas hasta el periodo moderno, se dio por sentado que el mundo estaba atravesado por y encontraba su fundamento en una realidad que excedía el alcance del intelecto. Esto no resulta sorprendente, ya que, como hemos visto, estamos rodeados por la trascendencia: una realidad que no podemos conocer objetivamente. En el mundo moderno, tal vez no cultivemos este sentido de la trascendencia con tanta asiduidad como nuestros antepasados, pero todos hemos conocido momentos en los que nos hemos sentido profundamente conmovidos, momentos en los que nos hemos alzado momentáneamente más allá de nuestra identidad cotidiana y hemos habitado nuestra humanidad con mayor plenitud de lo habitual; generalmente gracias a la danza, la música, la poesía, la naturaleza, el amor, el sexo o el deporte, así como lo que llamamos «religión».

No existe un «punto divino específico» en el cerebro humano que aloje la sensación de lo sagrado. Sin embargo, en las últimas décadas los neurólogos han descubierto que

el hemisferio derecho del cerebro es esencial para la creación de la poesía, la música y la religión. Está relacionado con la formación de nuestro sentido del yo y posee un modo de atención más amplio y menos orientado que el del hemisferio izquierdo, más pragmático y selectivo. Por encima de todo, este hemisferio se considera a sí mismo conectado al mundo exterior, mientras que el hemisferio izquierdo se mantiene al margen. Especializado en el lenguaje, el análisis y la resolución de problemas, el lado izquierdo de nuestro cerebro suprime la información que no puede asimilar conceptualmente. Sin embargo, el hemisferio derecho, cuyas funciones han sido ignoradas por los científicos en el pasado, posee una visión holística más que analítica; percibe cada elemento en relación con el todo y advierte la interconexión de la realidad. Por lo tanto, se siente cómodo con la metáfora, en la que convergen entidades disímiles, mientras que el hemisferio izquierdo tiende a ser literal y a extraer las cosas de su contexto para categorizarlas y hacer uso de ellas. Las noticias llegan en primer lugar al hemisferio derecho, donde se reciben como parte de una unidad entrelazada; a continuación pasan al hemisferio izquierdo, donde se definen y analizan, y donde se evalúa su uso. No obstante, el hemisferio izquierdo solo puede producir una versión reduccionista de una realidad compleja, y, una vez procesada, esta información regresa al hemisferio derecho, donde podemos contemplarla —hasta cierto punto— en el contexto del todo^[4].

Incuestionablemente, nuestra moderna atención a la perspectiva empírica y objetiva suministrada por el hemisferio izquierdo ha aportado un inmenso beneficio a la humanidad. Ha ampliado nuestros horizontes mentales y físicos, ha mejorado de forma sustancial nuestra comprensión del mundo, ha reducido en gran medida el sufrimiento humano y ha permitido que más personas disfruten de un bienestar físico y emocional. De ahí que la educación moderna tienda a privilegiar progresivamente las tareas cientí-

ficas y a marginar lo que damos en llamar humanidades. Sin embargo, esto es lamentable porque implica que corremos el riesgo de cultivar apenas la mitad de nuestras capacidades mentales. Del mismo modo que sería una locura ignorar la lógica, el análisis y la racionalidad del hemisferio izquierdo, los psicólogos y neurólogos aseguran que para funcionar en el mundo con creatividad y seguridad, las actividades propias del hemisferio izquierdo han de integrarse con las del hemisferio derecho.

El cerebro izquierdo es competitivo por naturaleza; ignorando en gran medida el trabajo del derecho, tiende a un exceso de autoconfianza. El hemisferio derecho, sin embargo, tiene una visión más completa de la realidad, que, como hemos apuntado, no podemos aprehender plenamente; se siente más a gusto con lo concreto y lo material que el izquierdo. El cerebro izquierdo es esencial para nuestra supervivencia y nos permite investigar y dominar nuestro entorno, pero solo puede ofrecernos una representación abstracta de la compleja información que recibe del cerebro derecho. Esto es así porque el hemisferio derecho es menos egocéntrico y más realista que el izquierdo. Su visión de amplio espectro le permite abarcar simultáneamente aspectos diversos de la realidad y, a diferencia del izquierdo, no produce certidumbres basadas en la abstracción. En honda sintonía con el Otro —con todo lo que no somos nosotros mismos—, el hemisferio derecho está alerta a las relaciones. Es la sede de la empatía, el *pathos* y el sentido de la justicia. Al ser capaz de percibir otro punto de vista, inhibe nuestro natural egoísmo^[5].

Los dos hemisferios del cerebro suelen trabajar juntos y sus funciones están íntimamente entrelazadas, pero en determinados periodos de la historia la gente ha tendido a cultivar uno en detrimento del otro. Por ejemplo, hasta hace poco los neurocientíficos se referían al hemisferio derecho como el hemisferio «menor», lo cual revela nuestra preferencia moderna por el pensamiento analítico y proposi-

cional. Pero a lo largo de la historia, artistas, poetas y místicos han cultivado con esmero la perspectiva del hemisferio derecho. Mucho antes de que las actividades de los dos lados del cerebro se exploraran en profundidad, el filósofo estadounidense William James (1842-1910) sostenía que nuestra conciencia racional cotidiana solo era un tipo de conciencia. Había otros modos de percepción —aseguraba él— separados de esta por la más delgada de las pantallas, donde las leyes que gobiernan nuestras rutinas cotidianas de pensamiento parecen quedar suspendidas. James estaba convencido de que para conocernos plenamente era necesario alimentar las experiencias «cumbre» que tienen lugar cuando la conciencia ordinaria —o, como diríamos hoy, el cerebro izquierdo— queda en suspenso^[6]. Veremos cómo desde periodos muy tempranos ciertos individuos especialmente dotados han cultivado de forma deliberada lo que hoy llamaríamos una conciencia del hemisferio derecho y han experimentado visiones de la unidad inefable de la realidad. Algunos de estos profetas, poetas y visionarios han expresado sus ideas mediante la escritura sagrada; otros recibieron de las escrituras sagradas la inspiración para cultivar esa conciencia. Sin embargo, normalmente procuraban integrar las intuiciones del cerebro derecho con los imperativos prácticos del cerebro izquierdo. Estas personas no eran fanáticos ni eran presa de ilusiones, sino que ejercían una facultad natural que les aportaba importantes revelaciones que, como veremos, son esenciales para la humanidad.

El hemisferio derecho del cerebro inspiró a un escultor a crear al Hombre León, porque su visión de la unidad subyacente a todas las cosas le sugirió indicios de la misteriosa conexión que de algún modo fusionaban al feroz león de las cavernas con el vulnerable *Homo sapiens*. En las sociedades de cazadores, a lo largo de la historia, la gente no ha considerado las especies como categorías definitivas y excluyentes: se creía que los seres humanos podían convertir-

se en animales, los animales podían asumir forma humana y las bestias eran reverenciadas por chamanes, en cuanto que emisarios de poderes superiores^[7]. Tallado en el cuerno de un mamut, el animal más grande de la región, la mirada atenta y penetrante del Hombre León sugería que de algún modo era similar a sus adoradores humanos. En la cueva de Stadel, la comunidad vio cómo dos especies que en principio eran enemigas se fusionaban creativa y afectuosamente, y reverenció esta confluencia como divina. Esos cazadores no adoraban a un dios «sobrenatural». En cambio, en el Hombre León —como en la misteriosa figura del laberinto de Trois Frères— dos criaturas mundanas y mortales se reverenciaban como misteriosamente unitarias y divinas.

El Hombre León desafía algunas de nuestras modernas nociones de lo sagrado, que a menudo se identifica con un Dios Creador distante, autónomo y omnipotente. Pero si lo trascendente fuera una mera realidad remota «ahí fuera» que pudiéramos aprehender solo momentáneamente y desde lejos, la «religión» jamás habría arraigado. En este libro veremos cómo la práctica totalidad de las escrituras sagradas insisten en que hombres y mujeres deben descubrir lo divino en su interior y en el mundo en el que viven; aseguran que toda persona individual participa de una realidad última y que, por lo tanto, tiene potencial divino. A lo largo de los siglos, se ha hablado de ser «deificado», «iluminado» y «atrapado por Dios», una perspectiva derivada de la visión holística del hemisferio derecho del cerebro, en el que lo sagrado y lo profano se interpenetran. Sin embargo, esto no quiere decir que lo que llamamos Dios o lo Sagrado sea una mera experiencia mental o una «ilusión». Los profetas, místicos y visionarios que cultivaron de forma deliberada estas experiencias insistieron en que estas eran únicamente indicios de una Realidad situada en un incognoscible más allá. Y sin un meticuloso cultivo de la visión

holística del cerebro derecho, esta perspectiva trascendente habría sido imposible.

El Hombre León también expresa un arraigado anhelo humano de transformación. Los individuos no solo buscaban una experiencia de trascendencia; además, pretendían materializarla y ser uno con ella. No buscaban una deidad distante sino una humanidad mejorada. Como analizaremos, este es uno de los grandes temas de las escrituras sagradas: la gente quiere «ir más allá» del sufrimiento y la mortalidad, y diseña estrategias para conseguirlo. Hoy somos menos ambiciosos; queremos ser más delgados, más sanos, más jóvenes y más atractivos de lo que realmente somos. Sentimos que hay un «yo mejor» acechando bajo nuestro yo lamentablemente imperfecto: queremos ser más buenos, más valientes, más brillantes y carismáticos. Pero las sagradas escrituras van más allá, insistiendo en que cada uno de nosotros puede llegar a ser un Buda, un sabio, un Cristo o incluso un dios. El investigador estadounidense Frederick Streng tiene esta definición práctica de religión:

La religión es «un medio para la transformación última» [...]. Una transformación última es un cambio radical que nos lleva de vivir atrapados en los problemas de la existencia común (pecado, ignorancia) a vivir de forma que podamos afrontar esos problemas al nivel más profundo. Esta capacidad para vivir nos permite experimentar la realidad más auténtica o profunda: la realidad última^[8].

Los mitos, rituales, textos sagrados y prácticas éticas de la religión desarrollan un plan de acción «en el que los individuos van más allá de sí mismos para conectar con la realidad última y verdadera que los salvará de las fuerzas destructivas de la existencia cotidiana»^[9]. Al vivir con aquello que en última instancia se revela real y verdadero, las personas no solo descubren que están mejor capacitadas para afrontar estas tensiones destructivas, sino que la propia vida adquiere una nueva profundidad y propósito.

No obstante, ¿qué es esta «realidad verdadera y última»? Descubriremos que las sagradas escrituras le han otorgado diversos nombres —*rta*, Brahman, Dao, nirvana, Elohim o Dios—, pero en el Occidente moderno hemos creado una idea inadecuada y en última instancia inviable de lo divino, que las generaciones previas habrían considerado ingenua e inmadura. De niña aprendí esta respuesta a la pregunta «¿Qué es Dios?» en el catecismo católico: «Dios es el Espíritu Supremo, que existe por sí mismo y cuyas perfecciones son infinitas». Esto no solo es árido y poco inspirador sino fundamentalmente incorrecto, porque intenta «definir» (palabra cuyo sentido literal es «poner límites») una realidad esencialmente ilimitada. Veremos que cuando el hemisferio izquierdo se cultivaba menos que hoy en día lo que llamamos «Dios» no era un «espíritu» ni un «ser». Dios era la propia Realidad. Dios no solo carecía de género, sino que los teólogos y místicos más reputados insistían en que no «existía» de una forma que podamos comprender. Antes de la época moderna, la «realidad última» se acercó a lo que el filósofo alemán Martin Heidegger (1899-1976) llamó «Ser», una energía fundamental que sostiene y atraviesa todo cuanto existe. No podemos verlo, tocarlo u oírlo; tan solo lo descubrimos misteriosamente en las personas, objetos y fuerzas naturales que informa. Es esencialmente indefinible porque es imposible salir de él y contemplarlo de forma objetiva.

Tradicionalmente, lo sagrado se experimentaba como una presencia que permea el conjunto de la realidad: seres humanos, animales, plantas, estrellas, viento y lluvia. El poeta romántico William Wordsworth (1770-1850) se refirió precavidamente a ello con la expresión «algo», porque era indefinible y, por lo tanto, trascendía el pensamiento proposicional. Él experimentó:

La sensación sublime
de algo profundamente trascendental

cuya morada es la luz del sol poniente
y el océano pleno y el aire vivo,
y el cielo azul y la mente del hombre^[10].

Wordsworth aprendió, según sus propias palabras, a adquirir esta perspectiva^[11]. Podríamos decir que la hizo suya cultivando una conciencia propia del hemisferio derecho, suprimiendo —por un tiempo limitado— las actividades analíticas del izquierdo. Por lo tanto, cuando los individuos intentaban acceder a la «realidad última» no solo se sometían a un «ser» extraño, omnipotente y distante, sino que intentaban alcanzar un modo más auténtico de existencia. Veremos cómo hasta los inicios del periodo moderno, sabios, poetas y teólogos reiteraban que aquello a lo que llamamos «Dios», «Brahman» o «Dao» era inefable, indescribible e incognoscible, y sin embargo habitaba su interior; era una constante fuente de vida, energía e inspiración. La religión y las sagradas escrituras eran, por lo tanto, formas de arte que ayudaban a vivir en relación con esta realidad trascendente y que de algún modo la encarnaban.

Evidentemente, el Hombre León fue creado mucho antes de la invención de las sagradas escrituras, que emergieron cuando los seres humanos empezaron a vivir en sociedades más amplias y complejas y necesitaron una ética común que los vinculara. Las primeras civilizaciones se fundaron en Oriente Medio a mediados del cuarto milenio antes de Cristo. Antes del desarrollo de nuestra moderna economía industrializada, todos los estados e imperios basaban su economía en la agricultura y se mantenían exclusivamente por medio de una explotación despiadada. En toda sociedad agraria, una pequeña aristocracia, junto con sus sirvientes, se apoderaba del excedente cultivado por sus campesinos y lo utilizaba para financiar sus proyectos culturales, obligando al noventa por ciento de la población a vivir en un nivel de subsistencia. Ninguna civilización premoderna encontró una alternativa a este patrón. Sin embargo,